

taburete á pocos pasos de la favorita. Acercóse á ella, y con la sonrisa en los labios, desdobló la poética solitud.

—La marquesa—dijo á media voz—condena duramente los galanteos de nuestros jóvenes cortesanos; pero yo quisiera saber, señorita, qué pensáis de esta epístola.

Magdalena Scuderi se levantó; un fugitivo rubor tiñó las pálidas mejillas de la anciana dama, y contestó inclinándose:

—¡El amante que teme á los ladrones no es digno de amor!

Este espíritu caballeresco que refutaba con una sola palabra todas las bellas frases de los *amantes reunidos*, hizo sonreír á Luís XIV.

—¡Por san Dionisio!—exclamó—tenéis razón, señora; no quiero ya ese ciego nivel que oprime tanto al inocente como al culpable, y que sólo sirve para proteger la cobardía. ¡Que Argenson y la Reynie cumplan con su deber!

III

Cuando la Martinière refirió á su ama, al rayar el día, los acontecimientos de la noche anterior, entregándole el misterioso depósito que había recibido, trazóle un vigoroso cuadro de todas las perversidades de la época; y Bautista se unió á ella para suplicar á la señora Scuderi que no abriera aquel objeto sin las más minuciosas precauciones.

Era muy singular el aspecto de aquellos leales servidores, que esperaban ver salir de aquel receptáculo

de maleficios una legión de diablos armados de pies á cabeza, que debían perturbar la tranquilidad de su ama. La famosa caja de Pandora no pudo excitar curiosidad más palpitante: sólo la señora Scuderi permaneció impasible.

La noble dama, pesando en su mano el cofrecillo, cual si quisiera adivinar lo que contenía, dijo á sus servidores sonriendo que eran dos visionarios, que temían encontrar en todas partes fantasmas y maleficios.

—Esos malhechores que os espantan, esos asesinos que no perdonan, saben tan bien como vosotros y yo que aquí no hay oro ni alhaja que valgan la pena de verter sangre. ¿Quién podría desear mi muerte, siendo yo una mujer de setenta y tres años, que jamás hizo mal á nadie? He pasado toda la vida escribiendo novelas ó versos: nadie me envidia esta gloria, y sólo dejaré por herencia los oropeles de algunos vestidos de corte, y varios libros encuadernados. Es inútil, mi buena la Martinière, que me vengas con cuentos para hacerme dormir de pie, pues los peligros no existen sino en tu imaginación; y como no puedo sospechar motivo alguno de malevolencia contra mí en el hombre que tanto te atemorizó anoche, voy á...

Al oír estas palabras, la Martinière retrocedió presurosa, y Bautista, más pálido que ella, cayó de rodillas profiriendo un grito sordo: la señora de Scuderi acababa de tocar un botón de acero oculto en el borde del cofrecillo, con lo cual se levantó la tapa ruidosamente.

No fué poca la sorpresa de la dama al ver que el contenido era un collar de oro cuajado de piedras preciosas, y dos pulseras de gran valor. La Martinière, maravillada ante aquellos objetos, abrió los ojos desmesuradamente, asegurando que la Montespan no poseía un aderezo de tanto valor.

—¿Qué significa esto, qué pensar?... —murmuró la señora Scuderi.

De pronto, como viese en el fondo del cofrecillo un billete sellado, abrióle apresuradamente, esperando encontrar la explicación del enigma; mas apenas hubo leído las primeras líneas, sobrecogióle un temblor nervioso, dejó caer la carta de sus manos, y elevando las manos al cielo, cayó casi desvanecida en su sitio.

—¡Oh, Dios mío!—baluceó la pobre mujer.—¿Debia yo esperar á mi edad semejante humillación? ¿Qué falta he cometido yo? ¿Será posible que unas palabras dichas inocentemente se interpreten de una manera tan odiosa?...

La Martinière y Bautista, testigos de aquel dolor, no sabían cómo consolar á su señora: la criada había recogido el billete, que estaba concebido en estos términos:

«El amante que teme á los ladrones no es digno de amor.»

»Vuestro talento, amable dama, ha librado de una persecución terrible á hombres que ejercen contra los cobardes la razón del más fuerte, y que despojan á los ricos egoístas de los tesoros que el libertinaje devora. Aceptad, pues, ese adorno, el más brillante que hace largo tiempo cayó en nuestras manos, pues sois digna de poseer esa obra maestra del arte, cuyo esplendor realzaréis. Os rogamos que nos conservéis vuestra amistad y buen recuerdo.

»LOS INVISIBLES.»

—¿Es posible—exclamó de nuevo Magdalena Scuderi— que unos miserables lleven su audacia é ironía hasta tal extremo?...

Los rayos del sol, atravesando los cortinajes de seda escarlata de las ventanas, hacían brotar rojizos refle-

jos de los brillantes diseminados junto al cofrecillo, cual si estuviesen aún manchados con la sangre de su dueño. La señora de Scuderi apartó la vista con horror, ordenando al punto que retiraran de allí aquel objeto odioso. La Martinière, colocando las pulseras y el collar donde estaban, dijo que lo mejor sería entregar el cofrecillo á la autoridad dando cuenta de todo lo ocurrido.

La señora Scuderi se paseaba por su cuarto con evidentes señales de la más viva agitación, y al fin mandó á buscar por uno de sus servidores una silla de manos; mientras que Bautista desempeñaba esta comisión, la Martinière ayudó á su señora á vestirse para ir á ver á madama Maintenon.

La favorita quedó muy sorprendida al ver entrar en su casa á la señora de Scuderi pálida y temblorosa.

—¡En nombre del cielo!—exclamó.—¿Qué tenéis?

Cuando hubo oído las quejas de la pobre dama, la favorita le dijo que toda su inquietud era infundada, y que la imprudencia de algunos oscuros malhechores no debía alterar en modo alguno la serenidad de un alma tan hermosa. Dicho esto, la Maintenon manifestó deseos de ver el misterioso cofrecillo.

Apenas lo hubo abierto exclamó:

—¿Sabéis, amiga mía, que estas pulseras y el collar han salido seguramente de los talleres de Renato Cardillac?

René Cardillac era en aquella época el diamantista más notable de París, y el más hábil para trabajar el oro y las piedras preciosas. Aunque hombre de escasa estatura, estaba dotado de robusta constitución, y á pesar de sus cincuenta años parecía un joven; por su cabello rojo y crespo, sus facciones inyectadas de sangre y su expresión enérgica, se le hubiera creído hombre de mal carácter; pero en toda la ciudad gozaba de una reputación de honradez bien merecida.

Maese Cardillac, á pesar de su nombradía, no se cuidaba al parecer de hacer fortuna; admitía los pedidos de todos y procuraba complacer á sus clientes, fijando al mismo tiempo tan mínimo precio por sus trabajos, que no se explicaba un desinterés que debía perjudicar á sus propios intereses. Cardillac ejecutaba sus obras con paciencia, y cuando alguna no era perfecta á sus ojos, deshacía para comenzarla de nuevo. Por eso todo el mundo quería tener alhajas trabajadas por el famoso artífice; pero costaba mucho obtenerlas, pues Cardillac retardaba de un mes para otro la entrega bajo mil pretextos. Si le ofrecían el doble del precio estipulado, rechazaba el oro con desdén, y cuando al fin daba un adorno, su semblante expresaba hondo pesar, y sus ademanes secreta cólera. Entonces recorría su taller gritando como un energúmeno, revolviéndolo todo, renegando de su arte, de sus útiles y hasta de su persona; pero si alguno llegaba de pronto y le preguntaba si podría hacer un collar y unas pulseras, el buen hombre salía de su acceso, sus ojillos brillaban como carbunclos, frotábase las manos cual hombre que espera hacer un buen negocio, y decía:

—Vamos á ver de qué se trata.

El cliente sacaba de su bolsillo los materiales necesarios, oro, plata y piedras preciosas, contestando:

—Esto es mercancía común; mas con el auxilio de vuestro arte, podría...

—¡Cómo!—exclamaba Cardillac;—estas son piedras magníficas; dejadme hacer á mí, y si no reparáis en algunas monedas de oro, construiré un aderezo con algunas piedras que yo elija.

—Muy bien;—decía el cliente— obrad como os parezca, y pagaré lo que exijáis.

Entonces, sin cuidarse de si su parroquiano era noble ó plebeyo, Cardillac le abrazaba estrechamente, jurándole que dentro de una semana recibiría una

obra exquisita. El buen hombre se encerraba después en su taller, y á los ocho días terminaba su trabajo; pero cuando llegaba el cliente, con su dinero en el bolsillo, para pagar el objeto, el artífice se encolerizaba.

—Pero, ved que me caso mañana!—decía el parroquiano.

—Tanto peor, señor mío, tanto peor—contestaba el diamantista.—¿Qué me importa á mí vuestro matrimonio? Volved, si os place, de aquí á quince días.

—Pero si el trabajo está terminado y tenéis aquí el dinero, ¿por qué no me lo entregáis?

—Yo os digo que está sin concluir, que no he quedado contento y no puedo entregar el adorno hoy.

—Y yo os aseguro que si os obstináis así, volveré dentro de una hora con algunos guardias de mi amigo Argenson.

—Pues entonces—murmuraba Cardillac—que el diablo ahogue á vuestra esposa ó á vuestra hija con ese collar, ó que las pulseras les corroan la muñeca como tenazas candentes.

Y el artífice arrojaba el aderezo á los pies del parroquiano exigente, acompañando el acto con alguna grosería que dejaba atónito al noble ó al plebeyo. Después, Cardillac se asomaba á la ventana para mirar al comprador, riéndose de su impertinencia. Otras veces el artífice, menos belicoso, suplicaba humildemente que le dejasen la obra ejecutada, ofreciéndose á reembolsar el precio de las primeras materias; y había casos en que rehusaba trabajar para ciertos grandes señores: la misma favorita de Luís XIV no había podido vencer sus repugnancias.

—Apuesto—dijo madama de Maintenon—á que si yo enviase á preguntar á Cardillac para quién había construido ese aderezo, se valdría de mil excusas antes de obedecerme; pero creo que ya no tiene tantas rarezas,

y comienza á tratar á sus clientes con más consideración.

La señora de Scuderi, impaciente por descubrir pronto aquel misterio, pensó que lo mejor sería manifestar á Cardillac la causa de la pregunta; y pareciéndole buena esta idea á la favorita, dió las órdenes oportunas. Un momento después presentábase Cardillac.

Después de muchas reverencias, hechas con tal torpeza que las dos damas no pudieron menos de sonreirse, el buen hombre, interrogado sobre el origen de las alhajas, reconociólas desde luego, y rechazándolas después, dijo con amarga sonrisa:

—Es preciso no reconocer apenas los trabajos de Renato Cardillac para suponer un solo instante que otro diamantista pudiera montar semejante adorno. Sí, señora marquesa, reconozco el trabajo.

—Entonces—repuso la favorita—decidme para quién lo hicisteis.

—Para mí solo—contestó Cardillac.

Las dos damas fijaron sus miradas en el rostro impasible del diamantista; madama de Maintenon con desconfianza, y Magdalena Scuderi con ansiedad.

—Os digo la pura verdad, señoras—añadió Cardillac.—Para ejecutar esta obra maestra había reservado yo las piedras más finas, poniendo á contribución todos los secretos de mi arte; pero hace algún tiempo que este aderezo desapareció de mi casa.

—¡Loado sea Dios!—exclamó la señora Scuderi.

Y levantándose con la viveza de una joven, cogió el cofrecillo y depositólo todo en manos de Cardillac, diciéndole:

—Tomad eso, maese Renato; unos picaros ladrones os lo habían robado.

La dama refirió después en pocas palabras la aventura de la noche anterior. El artifice pareció escuchar-

la con profunda atención, expresando su sorpresa solamente por monosílabos; oprimía su frente con mano convulsiva como para comprimir un dolor; y después ocultaba los ojos á fin de que no se viese una furtiva lágrima. Al fin cogió el cofrecillo, y doblando la rodilla ante la señora de Scuderi, le dijo:

—Noble dama, para vos preparaba yo estas piedras, y recuerdo que al trabajarlas sólo en vos pensaba. Tened, pues, la bondad de aceptar este adorno con tanto placer como el que yo experimento al ofrecérsle.

—¡Dios mío! maese Renato—exclamó la señora Scuderi.—¿Os parece que esas joyas pueden convenir á mi vejez? ¿Con qué título haríais semejante regalo? Vamos, vamos, amigo mío, si yo fuese hermosa como la señorita de Fontanges, podría adquirir á peso de oro tan magnífica joya; pero bien veis que no sentaría bien en mis enflaquecidos brazos y en esta garganta que siempre debo ocultar.

Cardillac se había levantado, y alargando aún el cofrecillo á la señora de Scuderi, dijole con voz ronca y brusca:

—Hacedme la gracia, señora, de no rehusar, pues no sabéis hasta qué punto respeto vuestro carácter y virtudes...

Y como la noble dama siguiese vacilando, la favorita tomó el cofrecillo de manos de Cardillac, uniendo sus instancias á las del buen hombre que, después de suplicar con sollozos y lágrimas, salió de la habitación bruscamente, corriendo como un loco y derribando los muebles á su paso.

—¡Santo cielo! señora marquesa, ¿qué le pasa á ese hombre?—exclamó la Scuderi pálida de terror.

—¿No veis, amiga mía—contestó la favorita, riendo á carcajadas—que maese Renato siente por vos un amor fatal, y que según las reglas de la galantería caballe-

resca, comienza á sitiar vuestro corazón ofreciéndooos presentes?

La señora Scuderi no pudo menos de reirse también de la ocurrencia de la marquesa; pero cuando llegó la hora de retirarse, recobró su gravedad.

—Seguramente—dijo—jamás me resolveré á servirme de estas joyas, pues llegaron á mis manos de una manera demasiado odiosa para que el donativo de Cardillac pueda purificarlas á mis ojos. Me parece verlas manchadas de sangre; y por otra parte, la conducta del mismo maese Renato tiene algo de extraña. Creo sinceramente que en todo se encierra algún misterio de iniquidad.

—¿Y por qué ir tan lejos en vuestras sospechas?—preguntó la marquesa.

—No—repuso la Scuderi—jamás me adornaré con estas joyas.

Esas fueron las últimas palabras de la célebre escritora, de quien Luis XIV decía, riendo de la mejor gana, que había puesto un bozal al mordaz Despreaux, haciendo perder la pista á todos los sabuesos de la sátira.

Algunos meses después, la señora Scuderi cruzaba por el puente Nuevo en la carroza de la duquesa de Montausier, carroza de nueva invención y una de las primeras que se adornaron con cristales, por lo cual atraía las curiosas miradas de la multitud, que la impedía avanzar. De repente prodújose un murmullo mezclado de imprecaciones entre los grupos que se oprimían; un joven de rostro pálido se abrió paso con no pocos esfuerzos; llegado cerca de la carroza, abrió bruscamente la portezuela, arrojó una carta sobre las rodillas de la señora Scuderi, y antes que ésta pudiera reconocerle, desapareció entre la multitud. La pobre Martinière, que casi siempre iba con su ama, se había desvanecido de espanto, y aquella gritaba inútilmente

al cochero que se detuviese, pues el tunante castigaba más á los caballos que ya iban á escape. Cuando hubieron llegado á la extremidad del puente, la señora Scuderi roció con agua perfumada el rostro de su sirvienta para hacerla volver en sí, y después abrió la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Un desgraciado percance, que hubiérais podido conjurar, me arrastra al fondo de un abismo. Os suplico, como un hijo invocaría á su madre, que devolváis á maese Renato Cardillac el collar y las pulseras recibidas de mí; hallaréis para ello algún pretexto, como por ejemplo, el modificar una parte del trabajo; vuestra tranquilidad y tal vez vuestra vida dependen de la pronta ejecución de lo que os pido. Si no escucháis mi ruego, mañana penetraré en vuestra casa para arrancarme la vida delante de vos.»

—Ahora estoy segura—dijo la señora Scuderi—que ese misterioso desconocido, por más que esté afiliado entre los bribones que saquean á París, no abriga contra mí malas intenciones. Si hubiera podido hablarme cuando hizo su primera visita, tal vez sabría ahora cosas muy singulares. Haré lo que me dice, librándome así de una vez de ese diabólico depósito. Cardillac velará sin duda para que no vuelvan á robárselo.

Al día siguiente, á primera hora, disponíase á ir en persona á visitar al diamantista; mas por una singular fatalidad, todos los talentos de la corte parecían haberse citado para ir á ver á la novelista: durante varias horas hubo allí como una procesión continua: dióse lectura de interminables poesías y de producciones para el teatro, y refiriéronse curiosas anécdotas: de modo que el día estaba ya muy adelantado cuando la señora de Scuderi recordó la importante visita que debía hacer: fué preciso aplazarla hasta el día siguiente

Sin embargo echóse en cara su involuntario descuido; durante su sueño tuvo angustiosas pesadillas, y temía ser la causa de alguna desgracia: apenas rayó el día hizose conducir á casa de Cardillac.

La calle de Nicasio, donde el diamantista habitaba, hallábase obstruída por la multitud, y á la puerta de Cardillac veíanse algunos guardias que á duras penas podían contener á la muchedumbre, entre la cual resonaban los gritos de «¡muera el asesino!» Muy pronto Desgrais, á la cabeza de un imponente destacamento, consiguió dominar aquella especie de motín; la puerta de la casa de Cardillac se entreabrió entonces, y algunos soldados salieron llevando consigo un hombre atado de pies y manos. Al ver esto la señora de Scuderi quedó muda de espanto, y de repente un grito de desesperación hirió su oído.

— ¡Avanzad, avanzad! — gritó á su cochero.

Un momento después vió de rodillas á los pies de Desgrais una joven admirablemente hermosa, que decía al oficial:

— ¡Es inocente, os digo que es inocente!

En vano Desgrais y los soldados se esforzaban por alejarla, pues resistíase con vigor, agarrándose á sus uniformes; al fin, el más robusto de los arqueros, enlazando con un brazo la cintura de la joven, la levantó del suelo, pero habiéndosele enredado las piernas en su tizona, tropezó y cayó en tierra con la pobre muchacha, cuya sangre enrojeció las piedras á causa del golpe. La señora de Scuderi, testigo de aquella dolorosa escena, bajó de su carroza y corrió hacia la joven, pasando entre el pueblo y los soldados, que se apartaban respetuosamente; levantóla, roció su frente con agua perfumada para hacerla recobrar los sentidos, y pidió á Desgrais una rápida explicación de lo que acababa de suceder.

— Se trata de un crimen más sobre los de cada día —



OLIVERIO BRUSSON

contestó el agente; — Renato Cardillac ha sido asesinado esa mañana en su misma casa, y su aprendiz, Oliverio Brusson, que es el culpable, está ya en camino de la cárcel.

—¿Y esa joven?—preguntó la Scuderi.

—Es Madelon—contestó Desgrais—la hija de Cardillac, de la cual estaba enamorado el asesino. Ahora llora y grita, diciendo á cuantos quieren escucharla, que su Oliverio es inocente; sabe con seguridad los detalles de lo ocurrido, y debo enviarla á la Conserjería, á disposición de la Cámara Ardiente.

Durante este discurso, que Desgrais pronunciaba con cierta satisfacción de sí mismo, la pobre joven permanecía sin movimiento, con los ojos cerrados y los miembros rígidos. La señora de Scuderi no sabía cómo socorrerla, y aquella escena le inspiraba horror. Prolongado murmullo se elevó entre la multitud cuando los soldados se llevaron en unas angarillas el cadáver de Cardillac; y entonces la señora Scuderi gritó con voz fuerte:

—Desgrais, me llevo esta joven y respondo de ella; cuidaos de lo demás.

Un murmullo de aprobación acogió las palabras de la dama, cuya influencia era bien conocida; y varias mujeres del pueblo, levantando á Madelon en sus brazos condujéronla á la carroza en medio de unánimes aclamaciones.

El más famoso médico de Paris, Seron, fué llamado al punto para visitar á la herida, pero no recobró el conocimiento hasta pasadas algunas horas. Los consuelos prodigados por la señora Scuderi completaron la obra del médico, despertando en el corazón de la pobre joven alguna esperanza; las lágrimas que virtió aliviáronla un poco, y recobrando el uso de la palabra, pudo referir á su protectora los deplorables detalles del suceso.